

# Formar en tiempos de fundación: el itinerario de la primera comunidad de las Escuelas Cristianas

---

PEDRO M.<sup>a</sup> GIL, FSC\*

*«... puesto que La Salle no dejó nada de programas de formación y dado que su genio es pragmático más bien que dogmático, más intuitivo que deductivo, deberemos verle vivir y actuar para precisar el contenido del término formador cuando se refiere a él»<sup>1</sup>.*

Para entender el concepto de «formación» de la primera comunidad de las «Escuelas Cristianas», podemos imaginar un proceso casi circular. Comienza con la atención a la realidad de Dios en la vida (1) y acaba en la Comunidad, animada por esa misma atención (4).

Casi circular: porque entre la primera y la última situaciones hay otras dos que hacen avanzar el proceso de modo que propiamente hablando nunca el final es el principio. Ante todo, el espíritu educativo y la idea de lo humano

---

\* Experto en temas de Historia Lasaliana. Profesor titular del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas «San Pío X», Madrid.

<sup>1</sup> Sauvage, Michel, «Jean-Baptiste de La Salle, formateur de formateurs», en *Cahiers Lasalliens* (Roma, 2001), 55 (776-103), p. 77. El texto en cuestión había sido ya publicado en *Vocation*, juillet 1980, con el título «Former aujourd'hui».

que van contenidos en la Guía de las Escuelas (2). Después, dado forma creyente a ese espíritu o talento básico, la orientación teológica y espiritual de las meditaciones del tiempo del Retiro (3).

Todo comienza, pues, con una actitud muy clara ante la vida: es el lugar donde Dios está hablando. Luego se aplica esa actitud al ejercicio de la escuela de los Pobres y allí se aprende a la vez el estilo nuevo de vivir la escuela y el modo de mostrarse Dios al maestro que le escucha: es el otro sacramento del orden, en el que se fundamentará definitivamente el proyecto diario de la nueva comunidad de las Escuelas Cristianas.

Construir primero y luego tematizar ese itinerario fue el cometido de la «formación» en aquella primera comunidad. A ello dedicó el señor De La Salle lo más serio de sus esfuerzos. Este comentario quedan reflejadas con claridad en los sucesivos cuadros de texto: permiten distinguir al lector entre las fuentes y su interpretación. Con su ayuda podremos entender mejor que lo que hoy puede presentarse como «sistema» en realidad no lo es. Lo específico de aquellos días fue la fidelidad de un grupo humano que ante todo, mucho más que por formarse, vivió preocupado por ir respondiendo a lo que encontraba<sup>2</sup>.

### 0.1.

Al preguntarnos por la idea de «formación» que se vivía en la primera comunidad de las Escuelas Cristianas, necesitamos superar determinados distinguos que nosotros vivimos hoy. Vienen todos de la coyuntura específica

---

<sup>2</sup> Muy clara y completa, la descripción del tema que hace Alain Houry en el artículo «Formación», en el segundo volumen de los *Temas Lasalianos* (Roma, 1994), en las pp. 39-50 de la edición española. Para apreciarlo en su conjunto, de todos modos, es indispensable la referencia a la maravillosa síntesis de Saturnino Gallego en los dos volúmenes de su obra *San Juan Bautista de La Salle (1. biografía; 2. escritos)*, publicada en la BAC, 1986.

de aquellos días: estaban fundando, comenzando, estableciendo algo para lo que no tenían demasiados antecedentes.

No podemos, en efecto, olvidar que en aquellos días no existía un concepto o modelo de escuela para los hijos de los pobres en las ciudades que iban surgiendo con los primeros esbozos de la modernidad. Nadie disponía de experiencia específica sobre el diseño de la institución para cumplir tal función social: ni el programa, ni el local, ni el educador, ni la financiación...

Tampoco estaba definido, a pesar de todas las apariencias, el tipo de persona-comunidad «religiosa» consagrada a tal cometido. No había, desde luego, un diseño aceptable de las comunidades femeninas dedicadas a ello (comunidad consagrada y clausura canónica coincidían, con las consecuencias imaginables). Tampoco lo había en las comunidades masculinas (no había habido tiempo de distinguir y relacionar el ministerio sacerdotal y el educador, en la misma comunidad).

Todo ello hacía que la primera preocupación no estuviera en cómo formarse para alcanzar la identidad de la institución, sino en definir esa misma identidad.

Así, en la vida del señor de La Salle no podemos distinguir demasiado su atención a la primera formación de los futuros miembros de su comunidad y su atención permanente a los Hermanos ya en las escuelas. En el fondo no podemos distinguir la dimensión de formación y la de animación en general en la nueva sociedad de las Escuelas Cristianas.

Por ello debemos comenzar afirmando que en los orígenes no hay una situación específica o exclusiva para la formación.

Es un estado, continuo, como propio de tiempos de fundación e inventiva comunitaria. Al revés que posteriormente, cuando el proceso de la vida de un educador pasa a dividirse en antes y después de entrar a una escuela, en

la primera comunidad había una sola realidad. Era el proceso de una vida, en la que no se podía distinguir el tiempo de la formación del tiempo de la responsabilidad.

Es el mensaje de los distintos cuadros de texto que esta reflexión presenta.

## 0.2.

Ante Dios se era responsable desde el primer día: Él llama y vivir es responder, porque llama para un objetivo o una misión determinada. El recién llegado entraba desde el primer día a compartir el modo de vida de un grupo humano que muy pronto entendía como una comunidad. Por eso el primer criterio o guía de formación es la pertenencia.

Con ello decimos que la formación, en aquellos días, era realmente iniciación. Y de por vida<sup>3</sup>.

Así, en la primera comunidad aparece desde el principio la formación permanente. No había un tiempo de noviciado. Y no lo había, sencillamente, porque no existía la institución, es decir, el cuerpo social dotado de un credo y unas técnicas. Al principio no había noviciado, aunque pronto el noviciado entrará en el esquema de la formación.

Aun entonces quedaba muy claro que la formación, de todos modos, trasciende los límites del noviciado. Se desarrolla a lo largo de toda la vida, según se vaya asumiendo las situaciones nuevas del ir trabajando. Será un

---

<sup>3</sup> Quede desde aquí la referencia a la obra de J. Alcalde, *El Maestro en la pedagogía de san Juan Bautista de La Salle* (Salamanca, 1961): sus 450 páginas contienen la mejor síntesis que hoy conocemos sobre el tema. Perfectamente legible cuarenta años después (y qué cuarenta), su visión además de especializada en lo educativo es suficientemente integral en cuanto a la asunción de la perspectiva religiosa o incluso teológica. En las páginas siguientes es un apoyo constante.

rasgo especificador de la identidad y la ascética de la nueva comunidad a lo largo de los siguientes doscientos años.

Lo comprobamos al caer en la cuenta de que el noviciado no certificaba la aptitud para la vida en la nueva sociedad. En realidad el paso definitivo no se daba al acabar el «noviciado» sino en los primeros años de vida en la escuela (tradicción que los «Hermanos» de aquella Sociedad conservarían hasta bien avanzado el XIX).

Esto nos lleva a caer en la cuenta de la trascendencia del ejercicio del propio ministerio dentro de la formación del maestro.

Lo cual significa algo tal vez un tanto descuidado en la comprensión de los orígenes (y en la definición misma del concepto/proceso de la formación): el valor formador de la práctica, es decir, el alcance configurador de la persona que hay en el modo de vivir el trabajo diario, allí cuando no parece hablarse ni de Dios ni de la vocación ni de los pobres ni de la sociedad ni siquiera de la comunidad lasaliana. Es el mundo del leer-escribir-contar.

La observación debe tenerse muy en cuenta. Su olvido lleva a planteamientos a veces sólo ideológicos, de yuxtaposición, carentes de realismo. El joven maestro puede creer que el peso de la formación está en la idea que se tenga de Dios o de la vida o de la infancia o de la sociedad... e ignorar ingenuamente el alcance del método, del modelo de ciencia, al que sirve.

No fue así en los primeros días y no puede serlo de otro modo hoy.

Afortunadamente nuestros días nos han hecho revivir el concepto de lo permanente de la formación. Todo nos lo impone, ante el ritmo de los cambios o de la novedad sobre todo tecnológica y administrativa. Conviene sin embargo no darse rápidamente por vacunados contra el irrealismo, porque también hoy puede ocurrir que lo permanente o recurrente de las llamadas a la formación se entienda como cosa reducida a la actualización o peor aún

al cambio de unos contenidos por otros, sin poner nunca en tela de juicio la dinámica que anima su ir pasando por los programas educativos.

Recordarlo nos hace caer en la cuenta de que, así como la «profesionalidad» del educador no puede darse por clausurada en ningún momento de su vida, tampoco la estructura espiritual o su visión de Dios puede darse por asentada en los momentos iniciales de su itinerario vital.

### **Cuadro 1. Datos**

#### **Gestos de «formación» inicial**

Escuela para Maestros Rurales:

Primeros intentos en Reims y su entorno, entre 1683 y 1690.

Mucho más en firme, en París, en Saint Hyppolite, entre 1698 y 1710.

Y todavía en Saint Denis, entre 1707 y 1710.

– Ninguno de ellos salió adelante

Noviciado, primero en Reims, dos o tres años, entre 1687 y 1691.

Después en París, ya más consolidado, en Vaugirard, entre 1691 y 1705.

Finalmente en Ruán, definitivo, en Saint Yon, entre 1705 y 1719 (muerte del Fundador), con algún año circunstancialmente traslado a París.

Hacia 1712, establecimiento efímero de otro Noviciado en Marsella, obra y atención personales del Fundador.

#### **De formación «permanente»**

Confección colegiada del *corpus identitario*: Guía de las Escuelas y diversas «Reglas» (Comunes, del H. Director, del formador de maestros noveles...). Última revisión-redacción de las Reglas comunes en 1718, un año antes de su muerte.

Verificación mediante el uso de las Meditaciones para el Tiempo del Retiro. Dirección espiritual a los Hermanos que lo aceptaran; correspondencia mensual (?) con todos los Hermanos; presencia constante en las diversas escuelas en vistas a su primer establecimiento y posterior consolidación.

## **1. En la presencia de Dios. La formación comienza y concluye en la ascunción del espíritu de fe (y de celo)**

*«Lo más importante, y a lo que debe atenderse con mayor cuidado en una Comunidad, es que todos los que la componen tengan el espíritu que le es peculiar. Aplíquense pues los novicios a adquirirlo, y los que a ella están ligados cuiden ante todo de conservarlo y aumentarlo en sí mismos. Porque este espíritu es el que debe animar todas sus obras y ser el móvil de toda su conducta; y los que no lo tienen y lo han perdido, deben ser considerados y considerarse a sí mismos como miembros muertos, porque se hallan privados de la vida y gracia de su estado, y deben persuadirse también de que les será muy difícil conservarse en gracia de Dios.*

*El espíritu de este Instituto es, en primer lugar, el espíritu de FE, que debe mover a los que lo componen a no mirar nada sino con los ojos de la fe, a no hacer nada sino con la mira en Dios, y a atribuirlo todo a Dios...*

*En segundo lugar, el espíritu de su Instituto consiste en el CELO ardiente de instruir a los niños, y educarlos en el santo temor de Dios, moverlos a conservar su inocencia si no la hubieren perdido, e inspirarles gran alejamiento y sumo horror al pecado y a todo cuanto pudiera hacerles perder la pureza...» (Reglas Comunes, cap 2).*

«Aplíquese los novicios a adquirirlo»: lógicamente, el «espíritu» de una institución es el primer criterio estructurante de lo que en ella haya de entenderse por formación. Ahora bien, en este caso todo se construye sobre lo que podríamos llamar una precomprensión de lo que se trata de conseguir.

Veamos el alcance de esta observación.

### **1.1.**

En la historia de la primera comunidad está muy claro que el punto de partida no es igual a cero. Para que pueda hablarse de proceso de formación

hace falta partir de la aceptación de la fe, entendida en este momento como la aceptación de la realidad o de la presencia de Dios en la vida del presunto formando.

Así, la formación se basa o se hace posible a partir de un modo muy concreto de mirar la vida: todo es una llamada, porque nada consiste sólo en su apariencia. Muy en especial, en el ejercicio de la escuela.

La escuela —como toda dedicación profesional o sencillamente la vida toda— no es mero lugar de trabajo. Es, sobre todo, un espacio sacramental, es decir, el lugar en el que se hace presente el plan de Dios a través de la llamada que dirige al maestro. Por eso la escuela es un proceso o un itinerario de vida, en el que irán haciéndose visibles los diversos signos de Dios. Responderles es ir siendo formado.

Hoy nos cuesta un poco alcanzar el sentido hondo de este arranque. Tal vez hoy, envueltos en una consideración secular de lo cristiano tan lejana a la de aquellos días, pasamos con facilidad a vivir de un modo secularista nuestra dedicación profesional. Se diría que el Señor es tan humano que deja de ser el Señor. Por eso con facilidad miramos nuestro trabajo como un lugar de desarrollo profesional, en el que puede ir creciendo nuestro espíritu, sí, pero dejándole a la vida diaria un papel propedéutico que en otros tiempos no le incumbía.

No era así en los comienzos de la aventura de la Comunidad de las Escuelas Cristianas. Entonces se partía de ese convencimiento, sin esperar a que la vida, al cabo de experiencias significativas, nos hiciera caer en la cuenta de ello. Pronto serían los días de la primera secularización (con *La Enciclopedia*, a partir de 1751), pero de momento se vivía en un universo muy sacralizado.

Conviene tenerlo en cuenta porque nos hace caer en la cuenta de la importancia del ambiente previo, de la situación inicial, en la formación. Para la primera Comunidad de las Escuelas Cristianas nunca se partía de cero.

Dios estaba siempre ahí, esperando y mostrándose. Olvidarlo puede hoy hacer perder mucho tiempo o incluso plantear situaciones iniciales realmente absurdas.

## 1.2.

Se comprende, en esa dinámica, que el punto final consista igualmente en la ascensión de vivir en las manos de Dios, es decir, en el aprendizaje del encuentro con Él. Por eso el recién llegado era suficientemente capaz de entender lo que se le presentaba como «el espíritu» de aquella comunidad.

Así se entiende que para el maestro son inseparables su entrega al quehacer de la escuela y su relación con Jesús. Se entiende, así, por qué en realidad no hay espíritu de fe y espíritu de celo sino dos actitudes de un mismo vivir. La una habla de compromiso con Dios y la otra, con los alumnos. Ninguna de las dos existe fuera de la otra.

Es el sentido profundo de una fórmula célebre en la tradición familiar de las Escuelas Cristianas (seguramente el fundador habría tomado la idea o incluso las palabras de autores espirituales de su juventud y así la hizo pasar de pauta propia de su itinerario personal a propuesta de actitud para su comunidad):

«No hagáis diferencia entre los asuntos propios de vuestro estado y el problema de vuestra salvación y perfección. Tened por cierto que nunca obraréis mejor vuestra salvación, ni adelantaréis tanto en la perfección, como cumpliendo bien los deberes de vuestro estado, con tal que lo hagáis con el fin de obedecer a Dios»<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> *Colección... 47*. En Aviñón, en 1711, se publicó con el título de «Colección ("Recueil") de tratados breves», una serie de reflexiones que el Fundador proponía para la animación de la vida espiritual de los miembros de aquella primera comunidad. Contiene de todo: el método de oración, orientaciones sobre las conversaciones, reflexiones sobre las virtudes y los votos, enumeración de las cualidades del buen maestro... Es un manual de espiritualidad, muy al nivel de aquellos hombres.

Formarse es aprenderlo, si bien, se empieza ya sabiéndolo en cierto modo. Por eso todo consiste en ir potenciando el tono de vida interior que debe haber en el momento del comienzo.

A partir de ahí puede irse construyendo el sistema formativo propiamente dicho. Tanto que, en realidad, nunca se sale de este punto de partida. Todo vuelve a él, cada día con más hondura.

Porque siempre se vive en la presencia de Dios.

## **Cuadro 2. En las Cartas\***

\*Las cifras tras cada texto expresan el número de la carta citada.

1. «Práctica de mucha utilidad es ejercitarse en la presencia de Dios; sea fiel a ella.» (11).
2. «Procure conservar la igualdad de humor en la escuela, y no dejarse llevar de la impaciencia. No es serio lanzar la palmeta a los escolares, y resulta vergonzoso darles cachetes, sobre todo en la iglesia.» (58).
3. «Evite con cuidado el dejarse arrastrar por la impaciencia y la irritación.» (56).
4. «El sábado me encaminaré hacia Troyes. Usted no se vaya, espéreme. Yo estaré ahí el lunes, y juntos ventilaremos los negocios que se ofrecen en esa ciudad, y sobre todo cuanto usted me propone relacionado con las fincas (?) de Reims. No avise a nadie, ni siquiera al Hermano Albert, de mi partida para esa.» (40).
5. «Ande con cautela, carísimo Hermano, para no regirse por su propio juicio; esto no es bueno para usted y, de seguir haciéndolo, Dios no le bendeciría. No hubiera debido desazonarse tanto porque el Hermano Director le rompió lo que usted había escrito, pues probablemente lo hizo porque escribió usted sin permiso, lo cual nunca debe suceder; y es muy justo destruir lo que sólo es fruto de la propia voluntad...» (102).

6. «Me parece que ir a esa parte de la ciudad donde abundan los pobres faltos de enseñanza y a los cuales puede usted instruir, es preferible a estarse en una casa, aun cuando fuera para dar en ella enseñanza a otros pobres que pueden encontrar quien los instruya.» (13).
7. «Procure, por favor, desligarse de ese espíritu del mundo, al que tanta inclinación siente, dándose a la oración y a los ejercicios del espíritu, y evitando el trato con los de fuera. Si se empeña en adquirir cuanto le sea posible el espíritu de su Instituto, atraerá sobre sí las gracias de Dios con abundancia.» (17).
8. «Cuide mucho, le ruego, la observancia exacta del silencio. Es una de las cosas que más contribuyen a establecer la regularidad en las comunidades.» (52).
9. «Recibí su primera carta anteayer, carísimo Hermano, y hoy la segunda, que me remiten desde Ruán. Sea cual fuere el sitio en que yo me halle, tiene que dirigirme siempre sus cartas a París. Le escribo el día en que, según usted dice, espera la contestación de su primera.» (43).
10. «No reinará el orden en su escuela sino en la medida que usted permanezca en ella sin moverse y sin hablar.» (Se trata de un Director, el H. Hubert, en Guisa). (35).

## 2. La Guía de las Escuelas. El primer factor ya específicamente formador o la primera dimensión de la formación es la «Conduite»<sup>5</sup>

*«Es preferible omitir algún ejercicio (de piedad) para ocuparse de algo indispensable, antes que disponer para ello del tiempo dedicado a la escuela, pues el tiempo de escuela no debe acortarse ni un momento.» (Carta 56).*

Es significativo que en los comienzos antes que el «noviciado» aquella comunidad hubiera ya establecido el «seminario de maestros rurales»<sup>6</sup>.

El hecho dice, ante todo, que aquella comunidad todavía no tenía demasiado claro su propio sentido, su durabilidad, su carácter institucional. Mucho menos, su espiritualidad o su identidad apostólica. Pero dice a la vez que la clave de la «formación» estaba en el aprendizaje de un oficio. Aprenderlo e interiorizarlo: cuando dos o tres años después del «seminario» establezcan el «noviciado», lógicamente el programa será el mismo.

¿Qué había en tal oficio (y en aquel tiempo) como para darle semejante papel?

Porque lo que hacían era esto, ya en 1690 y así hasta la muerte del Fundador en 1719:

---

<sup>5</sup> Sobre la *Guía («Conduite») de las Escuelas*, véase el cuadro 3: su presentación retrata perfectamente su espíritu y su contenido (elaboración en equipo, experimentada, y centrada en el orden, tanto en la escuela como en el maestro). Aunque suene a panegírico, sospechoso además por ser de la casa, afirmo que no hay obra educativa más importante en el XVIII (incluido *El Emilio*, desde luego). Su primera edición es de 1720, en Avión.

<sup>6</sup> Sigue siendo muy interesante la síntesis de Claudio Gabriel en 1950 *Los Seminarios de maestros rurales de San Juan Bautista de La Salle* (Madrid, lección inaugural de la Escuela de Magisterio de Griñón).

«Se educa también en esta comunidad jóvenes que tienen espíritu y disposición a la piedad, cuando se les ve adecuados y por sí mismos quieren entrar más adelante en la comunidad. Se les recibe desde la edad de catorce años en adelante. Se les forma en la oración y en los demás ejercicios de piedad, se les instruye en todas las materias del catecismo y se les enseña a leer y escribir correctamente.» (MH 7)<sup>7</sup>.

### **Cuadro 3. De la Guía de las Escuelas**

#### **Presentación**

«Fue necesario establecer esta Guía de las Escuelas Cristianas, a fin de que hubiese uniformidad en todas las Escuelas y en todos los lugares donde hay Hermanos de este Instituto, y para que las prácticas fuesen siempre las mismas. El hombre está tan propenso a la inconstancia e incluso al cambio, que necesita tener reglas por escrito que lo mantengan en los límites de su deber y le impidan introducir novedades o destruir lo que ha sido sabiamente establecido.

Esta Guía no fue redactada en forma de reglamento sino después de un gran número de intercambios con los Hermanos de este Instituto, los más antiguos y los más capaces de hacer bien la Escuela; y después de una experiencia de varios años no se ha consignado nada que no haya sido debidamente concertado y bien experimentado y de lo cual no se hayan sopesado las ventajas e inconvenientes y previsto, lo más posible, las buenas y malas consecuencias.

Aunque esta Guía no haya sido hecha en forma de regla, y conteniendo varias prácticas que no se indican más que como medios de llegar a actuar lo mejor posible, y que acaso no podrán ser observadas fácilmente por los que tienen poco talento para las escuelas, por eso varias de entre ellas se acompañan y refuerzan con razones con el fin de hacerlas comprender y dar a

<sup>7</sup> Se trata del documento llamado *Mémoire sur l'Habit*, redactado por La Salle al poco de estar instalado en París, es decir hacia 1689-1690: en el texto pretende reflejar el retrato de aquella primera comunidad y los diversos grupos que hay en ella.

conocer la manera de practicarlas, sin embargo los Hermanos se aplicarán con muchísimo cuidado a ser fieles en observarlas todas, convencidos de que no habrá orden en sus clases y escuelas en tanto en cuanto sean exactos en no omitir ninguna, y recibiendo esta Guía como si hubiese sido dada por Dios, por medio de sus Superiores y de los primeros Hermanos del Instituto.<sup>1</sup>

Esta Guía está dividida en tres partes. En la primera, se trata de todos los ejercicios de la Escuela y de todo lo que en ella se practica desde la entrada hasta la salida. La segunda expone los medios necesarios y útiles que emplearán los maestros para establecer y mantener el orden en las Escuelas. La tercera expone: los deberes del Inspector de las Escuelas; el cuidado y aplicación que debe emplear el formador de nuevos maestros; las cualidades que los maestros deben poseer o adquirir y cómo deben proceder para cumplir bien sus deberes en la escuela; 4.º lo que deben observar los escolares; he aquí en general lo que contiene este libro.

Los Superiores de las casas de este Instituto y los Inspectores de las Escuelas se esforzarán para aprenderlas debidamente y poseer perfectamente todo cuanto contienen; y procederán de manera que los maestros observen exactamente todas las prácticas en ellas prescritas, hasta las menores, a fin de procurar por este medio un gran orden en las Escuelas, una actuación bien regulada, y uniforme en los Hermanos que estén encargados de ella, y un fruto muy grande con respecto a los niños que serán instruidos.

Los Hermanos que trabajan en la Escuela leerán y releerán a menudo en ella, lo que les conviene para no ignorar nada, para tomar los medios de no olvidar nada de ellas, y para practicarlas fielmente.»

## 2.1.

*La Conduite* se erige desde el principio en la primera de las dimensiones de la formación. Sencillamente: formarse es hacerla propia, memorizarla, asumirla, convertirla en rutina, hábito, mecánica, eficacia. Era, en efecto, el

verdadero manual o programa operativo de lo propuesto en la cita de *Mémoire Sur l'Habit*.

*La Conduite*, mucho antes de estar por fin impresa, era el *curriculum vitae* básico de la formación de los miembros de la comunidad: asimilarla garantizaba el verdadero programa de estudios: desde la lectura-escritura hasta el catecismo, pasando por la aritmética y la ordenanza de la vida diaria de la escuela.

La formación consistía entonces como hoy en aprender lo que luego debía enseñarse. Así, al aprender cómo enseñar algo se debía empezar dominando ese algo. Y debemos imaginar que ello constituía la parte del león en los ejercicios de la formación: aprender a leer y escribir correctamente, dominar las cuatro reglas, asimilar las fórmulas del catecismo diocesano mayoritariamente usado. De esto iban los ejercicios del noviciado en su aspecto más secular.

Bien pronto, sin embargo, aquellas rutinas o mecanismos iban dejando otra huella en el formando. Y era entonces cuando el aprendizaje se convertía en formación propiamente dicha. Se trataba del «curriculum oculto» de *La Conduite*.

Porque poco a poco el orden lógico que se trataba de ir aprendiendo se iba convirtiendo en la segunda naturaleza o como en la estructura interior y la actitud ante la vida de los nuevos maestros. De aprender la escuela del orden iban poco a poco pasando a hombres de orden.

## 2.2.

En nuestros días, trescientos años después y sobre todo tras haber incluso caducado el ciclo histórico que entonces estaba a punto de abrirse, nos es difícil calibrar el alcance de este tema. Hace falta retrotraerse a los tiempos del xvii, cuando el mundo de la educación apenas existe en términos inteligibles para nosotros, para entender la revolución supuesta por *La Conduite*.

Hasta aquellos días la educación básica de los hijos de los pobres prácticamente no existía. Lo que había era sobre todo un ejercicio para aficionados, para ocupar el tiempo de gentes que pensaban y vivían de otra cosa.

Y así ejercía su trabajo: dedicándose a cada alumno o combinando la escuela y el aparcamiento de niños con su paso de algunas horas por algún taller. Cuando no era ocupar momentos de ocio en el recinto del hospital, entre reclusión de incurables y asilo de vagabundos.

En aquel contexto proponer orden y organización, especializar las horas de la jornada, seleccionar niveles, homologar clases dentro de una misma ciudad... todo esto era casi incomprensible. Por eso su impacto en el espíritu de aquellos hombres debía ser fortísimo. Era, de pronto entrar en un mundo profesional vertebrado, hecho rito y casi celebración. Les debía llevar a sobrecogerse ante los ecos del silencio y del orden, ante la omnipotencia de la organización.

Por eso, como ha hecho Foucault<sup>8</sup>, hay que ver en *La Conduite* un tratado de antropología, un modelo de construcción de persona, sin dejarse ahogar por el sinfín de notitas y pintoresquismos<sup>9</sup>. O, por ejemplo, la impresión casi divertida que produce imaginar el «ritual» que se pormenoriza en el cuadro 4.

### 2.3.

Y, claro, si tenemos en cuenta el condicionamiento previo o la condición de partida (vivir en la presencia de Dios), caemos en la cuenta de que ni

---

<sup>8</sup> *Vigilar y Castigar*, Siglo XXI, Madrid, 1978.

<sup>9</sup> Uno de los mejores ejemplos de ese posible pintoresquismo: las trece o catorce operaciones a tener en cuenta en la labor de «tajar» o cortar las plumas para la escritura. (Véase en la *Gula*, Primera parte, cap. IV, art. IX) Aprenderlo, dominarlo, debía ocupar no pocas horas en la formación, desde luego.

quiera esta primera dimensión es puramente funcional o neutral. Es ya un momento creyente.

En efecto: lo que el orden y el método iban dejando en el corazón de aquellos maestros era un sentido de la vida muy especial: si el orden y el método tienen sentido —y la experiencia de la escuela se lo demostraba a diario— es porque en ellos se encierra la puerta hacia el Misterio de Dios. El orden y el método les iban enseñando que sólo quien está poseído por la fuente última de todo, sólo él, es capaz de vivir el orden, crear orden y procedimientos, gozar en la organización de lo diario, identificarse en su ministerio.

El orden, como sabemos cuando evocamos a alguien de quien podemos decir que lo vive, lleva más allá de todo lo que se organiza con su ayuda. Lleva a la vida interior, a la atención y a la escucha de los signos de los pueblos y de las personas. Se alimenta de la relación personal, del servicio, de la fidelidad. Desde ahí puede evaluar, reconducir procesos, proponer procedimientos<sup>10</sup>.

Se trata, sencillamente, del otro «sacramento» del orden.

No puede ser de otra manera si recordamos que Dios es quien se asoma en toda situación que nos llene de satisfacción, sea una llamada al compromiso, invitación al esfuerzo, ocasión de progreso profesional.

Por eso *La Conduite* está ya poniendo la base y marcando el idioma del encuentro creyente, tematizado en las Meditaciones del Retiro, segunda dimensión.

---

<sup>10</sup> Quisiera incluir aquí un recuerdo para la metodología —el método, mejor dicho— de las Comunidades del Proyecto Hombre (recuperación y reinserción sociales de drogodependientes): es esto mismo, es decir, ayudar a asumir el espíritu del orden como estructurante de la propia identidad. No es inocente observar que la comunidad religiosa que inicialmente asumió este proyecto no hizo sino reproducir con este tipo de personas lo que mejor sabía hacer en formación: su propio sistema de noviciado, con las debidas acomodaciones. A las gentes de la educación, de la escuela, les hace mucho bien caer en la cuenta de ello cuando se interesan por estos temas de la recuperación de todas las marginaciones.

## **Cuadro 4. El ritual**

### **Guía de las Escuelas: la Entrada en la Escuela**

#### **I. Los alumnos**

Al entrar en la escuela, todos los escolares caminarán tan suave y pausadamente que no hagan ruido alguno; teniendo su sombrero en la mano, tomarán agua bendita, y después de hacer la señal de la cruz irán directamente a sus clases.

Los que pasen por otras clases para ir a la suya, no se detendrán en ninguna por ningún motivo, bajo pretexto incluso de hablar con alguno, aunque fuese su propio hermano.

Se les inspirará que entren en sus clases con profundo respeto en atención a la presencia de Dios. Al llegar al centro harán una profunda reverencia al crucifijo y saludarán al maestro, si está presente, se pondrán de rodillas para adorar a Dios y rezar una breve oración a la Santísima Virgen. Una vez terminada se levantarán, repetirán la reverencia al crucifijo y el saludo al maestro e irán pausadamente y sin ruido a su sitio ordinario.

Mientras los escolares se reúnen y al entrar en la clase, guardarán silencio, tan riguroso y exacto que no se oiga el menor ruido, ni de los pies; de manera que no se distinga quiénes van entrando, ni se note que los demás estudian.

Llegados a su puesto permanecerán quietos en él, sin dejarlo por ningún motivo, hasta que haya entrado el maestro.

Los maestros advertirán que quienes hablen o hagan ruido en la clase durante su ausencia, serán castigados rigurosamente, y que no se perdonarán nunca las faltas que cometan contra el silencio y buen orden durante ese tiempo.

Desde que los alumnos entren en clase hasta la llegada del maestro, los que saben leer estudiarán el catecismo, en voz tan baja que no se oigan unos a otros, y que no se perciba ningún ruido en la clase. Los que todavía no saben leer y no son capaces de aprenderlo de memoria se aplicarán a estudiar su lección...

## **II. Los Maestros...**

Al entrar en la Escuela se descubrirán, tomarán agua bendita con mucho respeto y llegados a su clase harán reverencia al crucifijo, se pondrán de rodillas, harán la señal de la cruz y luego una oración breve; después de hacer una reverencia al crucifijo se colocarán en su puesto.

Cuando los maestros entren en la escuela, todos los alumnos de cada clase se levantarán y permanecerán en pie hasta que el maestro haya llegado a su sitio.

Aquellos a cuyo lado pase, le saludarán cuando pase delante de ellos, y los otros le saludarán cuando llegue al medio de la clase para orar, y todos saludarán todavía al maestro cuando esté en su sitio, y no se sentarán hasta que lo haya hecho él.

Si el Hermano Director o alguna persona externa viene a la escuela harán lo mismo, solamente la primera vez que entren. En caso de que se quede y que pase de una clase a otra, permanecerán descubiertos o de pie hasta que el maestro les haga señal de sentarse y de cubrirse.

Desde que los maestros se hayan sentado en su puesto hasta que comience la clase, se ocuparán en leer el Nuevo Testamento y permanecerán en silencio para dar ejemplo a sus escolares, vigilando sobre todo lo que ocurra en la clase para mantener el orden...

### **3. La entrega de la propia vida. El segundo factor de la formación, o la dimensión correlativa a *La Conduite* está en las MTR<sup>11</sup>**

*«... si ocurriere que os sintierais agitados por alguna pasión, guardaos bien de aplicarles ninguna pena mientras la emoción persista; pues, en tal caso, el correctivo resultaría muy perjudicial, tanto a los escolares como a vosotros.*

*Recogeos, por el contrario, en vuestro interior durante aquellos instantes, y dad tiempo a que pase la ira, sin que nada se transparente al exterior. Cuando os sintáis enteramente libres de pasión, y después de entregaros al espíritu de Dios, podéis imponer la corrección que de antemano hayáis previsto, con toda la moderación que os fuere posible.» (MTR 13, 1).*

El secreto de la formación, tal como la vivió aquella primera comunidad, estuvo en la relación fluida entre el «misterio» del orden educativo y el Misterio de Dios. Su emblema, su raíz y su fruto: la posesión de sí mismo.

Se entiende si uno imagina qué ideal de maestro se proponían aquellas gentes. Es muy sencillo, como hemos dicho antes: basta con recordar el retrato interior de alguien serenamente ordenado. Le veremos exactamente como La Salle pretendía de todos los miembros de su comunidad: sereno, silencioso, eficaz, organizado, en equipo, puntual, atento, interior, trabajador, constante de humor, responsable...

Que son, justamente, las señales de que un maestro está empapado de Dios. Poseerse equivale a ser poseído: así lo creían ellos.

---

<sup>11</sup> *Las Meditaciones para el tiempo del Retiro anual*, son una serie de 16, dos para cada día (mañana y tarde), la primera dedicada siempre al principio y la segunda a la operatividad. Representan sin duda la expresión más acabada de la visión que el Fundador tenía sobre la acción de Dios en su vida. Para apreciar su espíritu, véase el cuadro 5.

### 3.1.

Pero hubo que ir despacio.

La experiencia de la vida de la naciente comunidad le enseñó muy pronto que no bastaba con la dimensión del orden. Se necesitaba, diríamos nosotros, convertir la llamada del orden en respuesta personal, en adhesión a la fuente de todo.

Sentían que su proyecto necesitaba estabilidad, garantía más allá de un éxito o una dificultad iniciales. Todo les decía que la cosa podía funcionar. En París en 1695, por ejemplo, a los veinte años de haber comenzado, sabían de sobra que su proceder era el bueno. Y lo sabía su pueblo. También las autoridades y los distintos gremios de maestros.

Pero eso no les bastaba. Necesitaban estabilizar definitivamente su itinerario y entonces encontraron que o aquello era el rostro de Dios o su vida, su comunidad, no tenía sentido.

Muy pronto, es decir, a los diez o quince años de haber comenzado, aquella comunidad entendió que de nada servía la interioridad recién aprendida si no llegaban a dar nombre de persona al misterio que se les asomaba en su ministerio.

Por eso decimos que la segunda dimensión de la formación propiamente dicha es la relación personal con Dios.

Muy pronto, en efecto, cayeron en la cuenta de que sólo una relación personal podría sostener aquel tren de vida. Entendieron que debían hacer efectivo el encuentro con el Señor que se les abría en su modo de responder a la escuela de los Pobres. Sin que nadie se lo enseñara, vieron que en la relación personal con Dios se daba, a la vez, la culminación del proceso de interiorización que vivían en su quehacer y su mejor garantía o estabilidad.

Por eso ya a los cuatro o cinco años de haber comenzado surge entre ellos un interés decidido por la consagración a través de unos votos.

Y por eso su «voto» o sus votos no son la tríada de los religiosos, sino los distintos aspectos de su vida común: se consagran a Dios para procurar su gloria en el establecimiento de las Escuelas Cristianas, juntos, como sociedad, en servicio a los pobres.

Sin él entienden que no pueden enfrentarse con garantía al cúmulo de dificultades que les envuelve. El «voto» les une y les obliga entre sí, desde luego, pero sobre todo les hace diariamente presente la verdad de que su fuerza no es suya sino Suya. Él es quien se les asoma en la satisfacción que viven a diario al ir asumiendo «La conduite». Por eso su gesto no es un contrato sino un acto de fe, la entrega de su vida a su última fuente.

### 3.2.

Lógicamente la formación insistía con fuerza en el encuentro personal con Jesús, contemplado o vivido en sus misterios. Insistía en la presencia de Dios, acompañante indispensable de cuanto se fuera viviendo en la escuela. Así, su práctica del recuerdo de la presencia de Dios y sus múltiples gestos de evocación del misterio.

Esta relación personal con el Señor les llevaba al compromiso de sus personas.

Es la conversión de la interioridad en compromiso, en gesto de fe. La formación consistía, de este modo, en el recuerdo y la invitación constantes a trascender el silencio por la vía de la fe. Se invitaba a convertir el orden en oración.

Su emblema es su *Explicación del Método de Oración* y su gran monumento, las *Meditaciones para el Tiempo del Retiro*<sup>12</sup>.

En el Método... mismo se presenta la lectura creyente del orden y el sistema, al que los Hermanos habían accedido desde su modo de vivir la escuela. El método, en efecto, es «La conduite» hecha guía espiritual. Porque el Método era (es) una organización del tiempo de la oración en tres partes: disposición, contemplación, acción de gracias. Y en su interior, pormenorizando o posibilitando cada uno de estos momentos, la propuesta de una serie de «actos», sentimientos, oraciones, afectos...

Es, exactamente, la huella de «La conduite» en la Escuela. Por eso lo entendían tan bien.

Claro, detrás, fundamentándolo todo, están las *Meditaciones del Tiempo de Retiro*, es decir, la comprensión de la llamada, del plan de Dios, de la Comunidad de la Iglesia, del Ministerio y la identificación con Jesucristo y la perspectiva del final, en esta vida y más allá.

Porque su vida nunca se iba lejos de su escuela. Allá donde se reunieran para su gran encuentro espiritual anual, allá se volvían a encontrar con su propio ministerio. «Ministerio», sí: es la palabra que les gustaba emplear, dentro de la gran tradición creyente. En sus días de Retiro hacían con el

---

<sup>12</sup> A la muerte del Fundador, los Hermanos no disponían de tal *Explicación*, en texto impreso. Es probable que en diversos lugares hubiera manuscritos, textos fragmentarios, que comentaban la estructura del Método, tal como se describía en la Colección de tratados breves. No fue hasta veinte años más tarde cuando se imprimió la explicación misma (1739). Tiene todo el aspecto de algo que el Fundador dejó inconcluso y sobre lo que su ejemplar continuador, el H. Irénée, añadió o arregló no poco. Pero su espíritu refleja claramente la circunstancia original, como podemos saber por el contraste con los demás documentos que poseemos anteriores a 1719. También las *Meditaciones para el Tiempo del Retiro* se editaron por la misma época (1729), si bien en este caso es mucho más fiable el texto que hoy conocemos. Es claro que usaban estas meditaciones ya para 1700.

programa lo que su fórmula de consagración había hecho con los votos religiosos: leer la escuela como el Sacramento de Dios.

Así entendemos que al proponer esta mística o esta otra manera de mirar la vida profesional, la formación establecía que el otro lado de la realidad se convertía a diario en invitación a la fe. Ayudar a tenerlo presente era el cometido de todo aquel que tuviera una responsabilidad en la animación de aquella comunidad. Así coincidían las funciones del Director de la Comunidad y del Formador de maestros nuevos.

Y así conseguimos situarnos, por ejemplo, entre las cinco o seis acepciones de la palabra «espíritu» en el texto 2 del cuadro 5. (Interesante análisis, por cierto, para ahondar en el tema de la unidad profunda de los factores implicados en la formación, en aquella primera escuela).

### **Cuadro 5. En las Meditaciones del Tiempo de Retiro**

1. «... Por lo mismo Dios, que difunde la fragancia de su doctrina en todo el mundo<sup>1</sup> por el ministerio de los hombres y que ordenó “Brille la luz del seno de las tinieblas”, ha iluminado los corazones de quienes Él eligió para anunciar su palabra a los niños, con el fin de que puedan ilustrarlos descubriéndoles la gloria de Dios<sup>2</sup>.

Puesto que, en su misericordia, os ha encomendado tal ministerio, no adulteréis su palabra. Granjeaos la gloria de descubrir la verdad a los que tenéis cargo de instruir. Poned en ello toda diligencia al dirigirles vuestras enseñanzas, como que sois ministros de Dios y los dispensadores de sus misterios<sup>3</sup> ... No se lo enseñéis con elocuencia de palabras, para que la cruz de Jesucristo, que es la fuente de nuestra santificación, no se desvirtúe<sup>4</sup>, ni quede cuanto les digáis sin producir fruto alguno en su mente y corazón. Pues, como tales niños son ingenuos y, en su mayoría, están faltos de sensibilidad, necesitan que quienes los ayudan a salvarse lo hagan de modo tan sencillo que todo lo que les digan resulte claro y fácil de entender. (MTR, primera, 1 y 3.)

2. «En el empleo que ejercéis, sois los embajadores y ministros de Jesucristo. Por consiguiente, tenéis que desempeñarlo como representantes suyos. Jesucristo mismo es quien desea que los discípulos os miren como le mirarían a Él; y que reciban vuestras instrucciones como si Él en persona se las diera<sup>5</sup>, persuadidos de que la verdad de Jesucristo habla por vuestra boca, que sólo en su nombre los enseñáis, que es Él quien os da autoridad sobre ellos, y que ellos mismos son “la carta por Él dictada, que escribís vosotros todos los días en sus corazones, no con tinta, sino con el espíritu de Dios, que vive”<sup>6</sup> y obra en vosotros y por vosotros, mediante la virtud de Jesucristo. Ésta os hace triunfar de todos los obstáculos que se oponen a la salvación de esos niños. Pues, en la persona de Jesucristo los instruís vosotros, a fin de ayudarlos a evitar cuanto pudiera desagradarle. Para cumplir ese deber con tanta perfección y exactitud como exige Dios de vosotros, entregaos a menudo al Espíritu de Jesucristo, a fin de no obrar sino por Él al ejercerlo, renunciando en absoluto a vuestro espíritu propio. Así, difundiéndose el Espíritu Santo sobre los discípulos, podrán poseer plenamente el espíritu del cristianismo.» MTR 3.<sup>a</sup>-2.º

---

<sup>1</sup> 2 Co 4,6.

<sup>2</sup> 2 Co 4,1-2.

<sup>3</sup> 1 Co 4,1.

<sup>4</sup> 1 Co 1,17.

<sup>5</sup> 2 Co 5,20

<sup>6</sup> 2 Co 3,3.

#### **4. La Comunidad de las Escuelas Cristianas. El definitivo factor, es decir, cuando el sistema de base se hace itinerario común, está en la vida diaria de la nueva Sociedad**

*«Es cierto, como les dijo el señor Obispo de Chartres, que solicitan Hermanos para diversos lugares, pero pretenden que fundemos casas con dos Hermanos, y eso no nos conviene. Yo no las quiero, pues destruirían nuestra comunidad.» (Carta 37).*

Y, definitivamente, la crónica de la vida diaria, en la comunidad de los Hermanos.

Es lo que verdaderamente fundó el señor de La Salle: una comunidad, es decir, un grupo de hombres que, movidos por la fe en la llamada común y la dedicación a un mismo trabajo, juntos, van dando a su sociedad la respuesta de una escuela nueva. La Comunidad de las Escuelas Cristianas, no las Escuelas Cristianas.

##### **4.1.**

En un principio entendió, como es lógico, que se trataba sencillamente de poner un poco más de seriedad en la organización diaria de aquel grupo de maestros. Allá por 1680, primero las inevitables ausencias de Nyel, el promotor, y después su definitiva marcha a otra comarca, hacían que cada uno se condujera a su modo. Para La Salle aquello no podía llevar a ningún gesto estable ni serio. Por eso pretendió inicialmente introducir determinados gestos comunes (horarios, reglamentos) en la vida diaria de los maestros.

Era comprensible: en aquellos primeros tiempos se trataba de dos caminos aunque relacionados. Por un lado estaba el suyo, personal, orientado a un futuro en lo eclesiástico más o menos convencional, que normalmente le

habría llevado a algún obispado. Por otro, el de los maestros, destinado a la vida de la escuela popular primaria. Su relación es accidental o coyuntural. No se identifican y por eso la aportación de La Salle es sólo organizadora.

Pronto encontró que no se trataba de eso. No sería la organización lo que sacara la obra adelante.

Muy pronto encontró que la palabra clave no era «organización» sino «comunidad». Y entonces cambió todo. A partir de entonces los dos caminos se hicieron uno. El Señor de La Salle entendió que su ministerio sacerdotal era la formación de aquel grupo de maestros. Y el grupo entendió que su escuela suponía un proyecto común, dirigido por su fe en que se trataba de un ministerio cristiano.

Hablando sobre el cambio de su actitud a partir de sus primeros intentos de organizar al grupo de maestros de Nyel, Sauvage lo expresa así: «... En adelante *formar la comunidad* no será ya asunto de establecer sus estructuras. Ante todo habría que asegurarse la autenticidad humana y evangélica de los candidatos y dar prioridad a su formación personal, espiritual y profesional. *Formar la comunidad* no sería ya imponerle desde el exterior estructuras preestablecidas y ya hechas, sino llevarle a tomar en sus propias manos su organización interna y a determinar su propio estilo de vida. Lo cual suponía que la *comunidad* no sería considerada simplemente como un *instrumento* al servicio de una tarea: *para formar la comunidad* habría que *reconocer* su existencia propia y promover tal existencia.»<sup>13</sup>.

## 4.2.

Porque la formación se completaba con la infinita serie de sucesidos y ocasiones de encuentros y desencuentros de la vida común. Y aquí es donde

---

<sup>13</sup> Art. cit., 90.

intervenía más el Fundador en su labor de formación. Es el mundo al que nos asoman sus Cartas (véase cuadro 2).

No podemos olvidar que aquellos Hermanos vivían intensamente juntos. Desde el dormitorio común hasta el comedor, el paseo o vacación semanal, los ejercicios diarios de corrección y estímulo, las relaciones de unas escuelas con otras, los intercambios de Hermanos entre unos lugares y otros, los encuentros de los Retiros y otras ocasiones, la correspondencia con el Fundador...

Tal como lo podemos ver en las cartas que nos han quedado, la formación era asunto que duraba toda la vida: desde lo espiritual a lo pedagógico, sostenido todo por lo relacional, la vida era un proceso en el que se trataba de encontrar la llamada de Dios. Por eso formarse era, sencillamente, vivir. O, si se quiere, con más exactitud: vivir el espíritu de fe. Que era el espíritu de la comunidad. Así lo interpreta J. Alcalde:

«La Salle, enemigo de la mediocridad, no entiende, en modo alguno, que el maestro se pare en la marcha perfecta ni frene el ímpetu de la misma. Mas, como perfecto conocedor de la debilidad de la naturaleza humana, reforzada en este caso por el cansancio, la desgana y el desaliento, que fácilmente engendra la dureza o monotonía de la diaria labor escolar, ha creído también necesario para el maestro ya en ejercicio ese clima adecuado en que puedan actualizarse más fácilmente todas sus virtualidades. Y lo ha encontrado en la vida comunitaria de los maestros, que les fue impuesto decididamente desde el comienzo de su empresa como medio ideal para lograr la plena expansión de su “ser” y asegurar la fecundidad de su “hacer”»<sup>14</sup>.

En realidad lo más propio de la formación, en la primera comunidad, era su carácter continuado, permanente. Por formación entendían estar toda la vida atentos a lo que iba ocurriendo, preparando cada sesión, cada día.

---

<sup>14</sup> *Op. cit.*, 175.

Por eso mismo el Fundador podía seguir encargándose de la formación mucho más allá de los pocos meses del primer noviciado. La correspondencia que mantenía con cada Hermano así lo prueba.

Y vemos que eran una sola cosa la formación permanente y la dirección de la sociedad.

Andando los tiempos los Hermanos mantendrán claramente este enfoque y organizarán su vida como un estado de atención a las novedades, organización minuciosa de cuanto se pueda ir haciendo.

Con los años, sin embargo, se irá haciendo evidente que el acento en lo permanente de la formación no podrá suplir los déficit (cuando los haya) de formación inicial o básica. Pero esto ya es asunto de cincuenta o cien años después de la primera comunidad.

### 4.3.

Lo más importante del tema está en que no existe propiamente un programa de formación, es decir, algo referido a cada una de las personas que constituían aquella Sociedad de las Escuelas Cristianas. Lo que existe es el proceso de constitución de una nueva comunidad. En esa constitución o en ese proceso consiste la formación, en último término.

La formación consiste en ir viviendo juntos la misma llamada y el mismo quehacer. Si se organiza la vida común sobre esos dos ejes, ya la vida misma se encarga de ir dejando su poso de formación.

Michel Sauvage lo señala con precisión:

«... La Salle pasó de la concepción utilitarista e instrumentalista que se hacía de la comunidad en los principios a una visión más auténtica y más equilibrada: los *Hermanos* no están reunidos en comunidad únicamente para

un mejor *servicio* profesional e incluso apostólico. Es verdad que su comunidad no es su propio fin. Debe sin embargo existir también *en sí misma*. En su acción formadora, La Salle se muestra atento a ese legítimo y necesario *en sí* de la *célula de la Iglesia* que constituye a sus ojos la comunidad de los Hermanos»<sup>15</sup>.

Ya no hemos de hablar de una Comunidad para la formación, inicial o permanente. No es una Comunidad DE formación: es una Comunidad EN formación. Todo su ser, todo lo que se regula para su animación, es ya «formación».

Y paralelamente, cuanto esa comunidad EN formación recibe y da, es decir, su diálogo con su entorno, es su verdadero itinerario formativo.

Así se plantearon las cosas. Eran, como recordamos una y otra vez, tiempos de fundación. No había más ley que la fidelidad, de modo que en lugar de principios o sistemas, necesitaban narraciones, testimonio del caminar de unos y otros, escucha del paso de Dios por sus escuelas.

Eso eran, en 1719, a la muerte del Fundador. Y por eso, ya desde aquellos días, ese proceso suyo de fidelidad/formación fue haciendo de ellos un Signo de Esperanza ante la Modernidad naciente. Su fidelidad a la formación/reglamentación de su trabajo se constituía para su pueblo en señal o garantía de que el nuevo orden social tenía sentido. Lo podemos ver con total claridad si leemos en paralelo los cuadros 5 y 6, de las MTR y de las RC. Con ello se cerraba verdaderamente el círculo: la formación había completado el itinerario de la Identidad.

---

<sup>15</sup> *Art. cit.* 100-101.

## **Cuadro 6. En las Reglas**

1. «Es necesario que los Hermanos se apliquen a sí mismos y tomen por fundamento y sostén de su regularidad lo que dice san Agustín al principio de su Regla, a saber: que “los que viven en una Comunidad deben, ante todo, amar a Dios y luego al prójimo”; porque estos dos mandamientos son los principales que Dios nos ha dado, y porque la regularidad, sea cual fuere, si se la separa de la observancia de estos dos mandamientos, es muy inútil para la salvación, porque no se la establece en las Comunidades sino para facilitar a los que en ellas viven la guarda exacta de los mandamientos de Dios, y porque las reglas, en su mayor parte, son prácticas que se relacionan con esos mandamientos.» (Reglas Comunes, cap. 16)
2. «Tendrán continua atención a tres cosas en la escuela: 1.º corregir, durante las lecciones, todas las palabras que diga mal el alumno que está leyendo; 2.º a hacer que sigan todos los que leen en una misma lección; 3.º a exigir exacto silencio de los alumnos durante todo el tiempo de clase. Enseñarán a todos sus alumnos según el método que les está prescrito, y que se sigue universalmente en el Instituto; y no cambiarán ni introducirán nada nuevo en dicho método.» (Reglas Comunes, cap. 7)
3. «Siempre dejarán abiertas las puertas de comunicación de una clase con otra, y no las cerrarán nunca durante el tiempo de clase, bajo ningún pretexto. Los Hermanos estarán en clases contiguas una a otra; estarán colocados siempre de tal modo que puedan verse mutuamente, y no cambiarán de lugar su asiento, ni los bancos, ni las mesas, ni mueble alguno, sin orden del Hermano Director.» (Reglas Comunes, cap. 9)
4. «Amarán tiernamente a todos sus alumnos; empero no se familiarizarán con ninguno de ellos, ni les darán cosa alguna por especial predilección, sino solamente como recompensa y estímulo. Manifestarán a todos los alumnos igual afecto, y más aún a los pobres que a los ricos, por estarles aquéllos mucho más encomendados por su Instituto que éstos.» (Reglas Comunes, cap. 7)

5. «Cuando se ven precisados los Hermanos a castigar a algún alumno, lo que procurarán entonces con más miramiento será hacerlo con grande moderación y posesión de sí mismos, y con las condiciones prescritas en la Guía de las Escuelas; y para esto nunca lo harán por movimiento repentino, ni cuando sientan su ánimo agitado.» (Reglas Comunes, cap. 8).
  
6. «Se manifestará y se conservará siempre en este Instituto verdadero espíritu de Comunidad.  
Todos los ejercicios se harán en común, desde la mañana hasta la noche; y aun se servirán de estufa los Hermanos para calentarse en común en la sala de ejercicios.  
Dormirán todos en un mismo dormitorio o en dormitorios comunes si hubiere necesidad de varios... Todos juntos comerán en el refectorio; nunca será permitido comer fuera de casa y ningún Hermano comerá en particular y fuera de las comidas comunes...  
Todos juntos tendrán recreación; todos juntos se pasearán también los días de asueto, sin separarse ni formar varios grupos.  
Ninguno de los Hermanos tendrá cuarto particular...» (Reglas Comunes, cap. 3).
  
7. « Se ha dado el nombre de Director al hermano Director de cada casa del Instituto para darle a conocer que todo su esmero debe ordenarse a dirigir, bajo la guía y autoridad del Hermano Superior del Instituto, todo lo que mira a su casa y a las escuelas que de ella dependen; y dirigir interiormente a los Hermanos que están bajo su gobierno, haciéndoles progresar en la virtud, encaminándolos a la perfección de su estado y de su Instituto, mediante la dirección de sus conciencias; y para darle a entender que no ha sido establecido sino para dirigir bajo la guía y autoridad del Hermano Superior del Instituto y no para guiar y gobernar como jefe, por lo que no tiene ni debe atribuirse en todo momento sino autoridad relativa y dependiente.» (Regla del Hermano Director, 1).

## 5. Final

Mirando desde la distancia de tres siglos la obra formadora del señor de la Salle y su primera comunidad de las Escuelas Cristianas, lo que más llama la atención es su intento de constituir un grupo coherente, homogéneo, especializado, motivado, profesional. En efecto: se ve con toda claridad que su objetivo consistió en alcanzar una comunidad, más que diseñar el tipo de maestro.

A esto iba la propuesta inicial de considerarlo todo como un proceso casi circular, en el que todo acababa casi donde había empezado... No era así, como hemos podido ir viendo, porque el proceso no acababa ni en un tiempo ni en cada uno, sino en el itinerario de la Sociedad toda de las Escuelas Cristianas<sup>16</sup>.

Por eso al traducir su orientación a nuestros tiempos, al tratar de comprender verdaderamente lo que aquellos hombres hicieron en el comienzo de la Modernidad, nos encontramos hoy con una referencia muy viva.

Muy pronto caemos en la cuenta de que si la orientación clave es la comunidad educativa, hoy ésta tiene acepciones mucho más amplias que en aquellos días. Coincide, desde luego, en su espíritu, pero su organigrama, su propuesta operativa, toda su constitución, superan los esquemas en los que se movían aquellos maestros de 1710.

En aquellos días la comunidad propiamente dicha se circunscribía a la de los Hermanos. Respecto de la sociedad que les rodeaba se proponían más bien

---

<sup>16</sup> En aquella magnífica lección inaugural (veáse nota 6), Claudio Gabriel lo leía así, haciendo ya el puente entre la formación de la primera comunidad y la formación casi tres siglos después: «La formación de los maestros depende en gran parte de la atmósfera creada en torno a ellos y en la cual viven. Se crea en la capilla, en la cátedra, en la instrucción, en las conferencias del Director, en las alocuciones de los profesores, en las conversaciones mantenidas a lo largo del día, en las valoraciones formuladas, en las alabanzas, en las censuras, en los deseos que se adivinan, en los ideales que se sueñan» *Op. cit.*, 21.

una actitud de distancia y de servicio. Respecto de sus alumnos, ciertamente, se obligaban a una relación mucho más cercana, exigente (para ambos: el alumno y el maestro). Pero como es lógico en aquellos días debían entender que ya el conjunto de la sociedad proveía al hecho educativo de dimensiones que hoy, tal vez, echamos en falta.

La sociedad toda de entonces, muchísimo más marcada que la nuestra por la dimensión «comunidad», iría bien pronto derivando por las vías de la organización. Es el camino de la Modernidad. Su resultado ha ido siendo que la institución educativa misma se ha ido encontrando desprovista de aquel valor que permitía a la comunidad de las Escuelas Cristianas sintonizar realmente con su tiempo.

Ellos no lo percibieron, porque lo vivían. Hoy, tres siglos después, la evidencia social nos está poniendo ante los ojos que al hecho educativo le corresponde subsidiariamente aportar a su sociedad una dimensión fundamental de la vida de los pueblos, sin la que es absurdo cualquier proyecto educativo. Es la nueva llamada de la comunidad. No la comunidad en su dimensión integral, es decir, social, sino en la otra más limitada, específica, profesional... que afecta a la institución educativa. Y ahí es donde entendemos de verdad el sentido de lo que aquellos hombres vivieron. Porque al llegar ahí nos encontramos con el reto de compartir hoy, integral y básicamente su espíritu, en todos –absolutamente todos– los elementos del esquema que hoy incorpora una institución educativa.

Lo que aquella primera Comunidad hizo, aquello en lo que consistió su formación, nos remite hoy a un gigantesco esfuerzo de formación y especificación o constitución de una identidad semejante hoy. De modo que afecte a padres, maestros, personal no docente, religiosos, seglares, acciones formales, programas no formales, diseños de horarios y de financiación, órganos de gestión empresarial de la institución educativa... Cada uno de modo análogo, evidentemente, pero efectivo dentro de un solo conjunto.

De esto, de esto fue aquella primera experiencia. A su escala, pero de esto mismo.